

IDEAS Lunes 17 de noviembre de 2014 - 17/11/14

Huevos y huesos al mejor postor

Arqueología. Las disputas por fósiles ya son tradición: hay remates millonarios en Sotheby's.

Por irina Podgorny

Los récords en el mercado del arte forman un género en el mundo de las noticias y de la sociología. Más de un ensayo ha intentado explicar por qué los coleccionistas y los museos disputan la propiedad de un cuadro o una escultura ofertando millones de dólares. Las manías de los individuos, la competencia entre las instituciones, las modas, la rareza de la pieza y los intereses de las casas de subastas no son ajenos a este fenómeno que, sin embargo, no se limita al mundo del arte: menos difundido que los precios de los impresionistas, allí están los 7 millones y medio de dólares que, en 1997, Sotheby's logró por *Sue*, un esqueleto de *Tyrannosaurus rex*. O las 30 mil libras obtenidas en 1994 por un espécimen embalsamado de alca gigante (*Pinguinus impennis* o gran pingüino). En un contexto como el argentino, donde, desde inicios del siglo XX, los fósiles son parte del patrimonio nacional, nos asombra que los animales extinguidos se adquieran como se vende hacienda en la Sociedad Rural. Sotheby's, sin ir más lejos, tiene un departamento de historia natural, cuyas transacciones de septiembre de 2014 alcanzaron el millón y medio de euros.

Pero estas ventas, que anudan la novedad, las extinciones y lo absurdo, tienen una larga historia. Allí abundan los récords alcanzados por los huevos del alca gigante, el pájaro bobo del Atlántico norte, esa ave rápida en el agua pero incapaz de volar, llena de grasa útil para alimentar loberos o pescadores o para quemar como vela. En la década de 1860, por más que los zoólogos mandaran emisarios a Islandia, a las Feroe o a los más recónditos peñascos marinos, habían aceptado que el gran pingüino del norte ya no volvería a empollar en ninguna de las islas que tanto le gustaban a Borges: la sobreexplotación y una serie de episodios volcánicos se habían combinado para llevarlos a la extinción. El mercado y las colecciones deberían conformarse con unos 66 huevos, 80 cueros, diez esqueletos y 130 huesos sueltos, recuperados de los basureros o juntados cuando las alcas todavía eran abundantes. Sin embargo, los falsificadores pintaron manchas en los huevos de otras especies, para ver si con ellas embaucaban a algún británico y/o estadounidense deseoso de exhibir dicha rareza en las vitrinas de su salón de fumar.

El intento parecía valer la pena: el 13 de marzo de 1888, la *Pall Mall Gazette* publicaba un nuevo récord ocurrido en la víspera, en los salones de Mr. J. C. Stevens, cuando un huevo de alca gigante se había subastado a 225 libras, el valor más alto jamás pagado por un huevo. Sorprendía. Pero tampoco tanto. Hacía días que se anunciaba la venta de la colección de la señora Wise, incluyendo ese espécimen que el finado Mr. Wise había comprado en 1851 a un traficante de huevos de Oxford Street por apenas 18 libras. La casa Stevens, especializada desde 1831 en objetos de historia natural, había promocionado el excepcional y perfecto estado del

ejemplar. De estupenda calidad, sin roturas ni abolladuras, saldría con un precio base de 100 guineas que –de no haberse vendido en el circuito distinguido de las obras de arte, los caballos o los servicios de los profesionales– se hubiera escrito “105 libras”.

El huevo de Mrs. Wise fue comprado por James Gardner, el heredero de una célebre familia de taxidermistas, que, entre 1840 y 1920, se dedicó a la manufactura de dioramas de aves y mamíferos que, aún hoy, se venden y se conservan casi intactos gracias a la enorme cantidad de arsénico de sus preparados. Los Gardner, por otro lado, hacia 1850 habían adquirido otros tres huevos de alca gigante por canje con el Museo de Boulogne-sur-mer, al cual le entregaron un pellejo de avestruz. Una vez en Londres, los venderían a Mr. Potts, quien, en 1853, subastó dos de ellos para luego partir hacia Nueva Zelanda con el tercero, que lo acompañó hasta su muerte ocurrida en 1888.

Los Gardner actuaban como brókers, intermediarios de esa cadena de transacciones donde se conformaba el valor de las cosas. Así, luego de la venta de 1887, hicieron correr el rumor que lo revenderían a un coleccionista de los Estados Unidos de América, quizá para convencer a algún caballero o nuevo rico inglés de la necesidad patriótica de retener el huevo en el país. La viuda de Potts, por su parte, cedería el huevo de su fallecido esposo al museo de Canterbury en Christ Church.

Para esos años, un huevo de alca se había transformado en una inversión y en una herencia que salvaba a viudas y huérfanos: los precios, en cada oportunidad –que no eran muchas– se iban incrementando. Así, mientras en 1865 cuatro huevos se habían rematado a 30 libras cada uno, en 1876, costaban 64 y, en 1880, habían llegado a las 107. En diciembre de 1887 –apenas tres meses antes del remate de Stevens– un empresario de la industria de las velas pagaba 188 libras. Ni hablar del incremento si se lo comparaba con los tiempos cuando muy pocos se hubiesen dispuesto a gastar una guinea en ellos.

Los diarios se preguntaban: en el caso de que algún espécimen llegase a sobrevivir al paso del tiempo y a los peligros del fuego y del agua, ¿cuánto se pagará en 1988? ¿Miles de libras? ¿No pasaría lo mismo que con los tulipanes cuyo precio, pasado el furor del siglo de las luces, cayó al nivel del penique? El periódico Standard temía que la “alcamañía” victoriana conformara, en realidad, un nuevo récord en la larga historia de las tonterías humanas. ¿Cómo explicar –sin acudir a la estupidez– los precios absurdos pagados por unos huevos carentes de interés científico? A fin de cuentas, no se trataba de otra cosa que de carbonato de calcio con pintas entre amarronadas y negras. Uno o cincuenta daban lo mismo: para el zoólogo todos eran iguales. Una cosa era pagar 600 libras por un ejemplar de *Archaeopteryx* o 200 por los moldes de las pisadas halladas en las areniscas rojas de Connecticut. Pero esos huevos viejos, vendidos a 2.700 libras la docena, quedaban fuera de toda lógica. Sin embargo, allí estaban las ootecas, los tratados de oología y una extraordinaria variedad de técnicas para vaciar huevos, venderlos y transportarlos a los más remotos puntos del mundo de habla inglesa. Como aquel huevo de la viuda de Potts que, lejos de quedarse quieto en Nueva Zelanda, en 1897 regresó a Inglaterra donde fue rematado en 294 libras, transformándose en el huevo con más millas náuticas de toda la historia.

El alca no pudo escapar de las guerras de 1812 ni de las rutas pesqueras; tampoco de la lógica de la escasez, esa que determinaba los precios de los objetos que a alguien –quizás a un bróker avisado de Oxford Street o de París– un día cualquiera, se le ocurría promover como signo de distinción. Más de un historiador considera que ese furor coleccionista terminó con la vida de

las últimas alcas, refugiadas en algún islote, a donde las fueron a buscar para vender sus pieles y sus huevos.

Hacia 1870, el alca gigante, se volvió un símbolo y una prueba de las extinciones modernas, un hecho aceptado casi paralelamente a la evolución, mostrando que unas y otra no se habían detenido en los tiempos geológicos antiguos. Para muchos, también significó la necesidad de proteger a los animales del poder destructivo de los humanos. Los huevos y las alcas embalsamadas pasaron a ser un monumento a la tristeza y la culpa, por los que se está dispuesto a pagar lo que se decida en el mercado, cuyas reglas, de alguna manera, colaboraron con su desaparición y su transformación en un bien caro y escaso. ¿No serán también otro de los tantos hitos de la incapacidad de aceptar que el destino es un enigma y que lo único, más o menos cierto, es la vanidad que encierran en estos huevos secos del pasado?

Etiquetado como: *Edición Impresa*

http://www.clarin.com/rn/ideas/Huevos-huesos-mejor-postor_0_1249075098.html

Copyright 1996-2013 Clarín.com - All rights reserved - Directora Ernestina Herrera de Noble